

Señor Jesús, Hoy me has concedido un ministerio, una misión. Una misión que yo no he buscado ni he pedido sino que sólo he podido decir que sí que la acepto porque no puedo escaparme a tu seducción. Me siento, como el profeta Jeremías abrumado por el peso de la responsabilidad y agobiado por mi pequeñez y sin embargo, como él, me abandono en tus manos. No sé por qué caminos me vas a llevar, no sé qué desiertos andaré. Sé que no podré huir de tí. Por eso Señor no me atrevo a darte gracias por esta misión que tú, a través de la Iglesia, me has dado.

Señor, con todo, te doy gracias, porque desde que me concibieron mis padres tu me has acompañado a lo largo de mi vida. En los momentos que tu Paz estaba en mí como en los momentos en que vivo mis pecados, mis fracasos.

Te doy gracias Señor, porque tu Espíritu de Amor está presente en todas las personas que me han rodeado: en mi familia, en los compañeros de colegio que tuve, en mis amigos y personas que conozco, en los que les he dado a conocer lo que de otros aprendí, en los compañeros con quienes comparto tu Espíritu y vocación, y en los que hoy comparto el mismo pan en la misma mesa. Todos ellos, Señor, me hablan de tí y me conducen hacia tí.

Señor, te doy gracias porque juntos te podemos dar gracias. Gracias te damos Señor, porque en la Eucaristía nos reunimos para dar gracias al Padre por tu Resurrección.

Gracias te damos Señor, porque cuatro nuevos hermanos tuyos, pronto verán tu Luz. Estos cuatro niños, frutos de tu Amor, los recibiremos como señal de que el Padre sigue confiando en todos nosotros.